

LOS MUERTOS POR VENIR*

por
SERGIO GALINDO



ERAN LAS TRES de la mañana cuando el automóvil entró a la avenida. El viraje fue demasiado rápido y la mujer —al lado del chofer— perdió el equilibrio. Su cuerpo se meció a derecha e izquierda y sus manos fueron hacia adelante en busca de apoyo. Al llegar al principio de la larga calle que bordeaba el parque el vehículo recobró momentáneamente la estabilidad. La pareja respiró asustada, pero antes de volver a la tranquilidad, el parque se les fue encima con su hilera de pinos. Pareció que cada árbol volaba hacia ellos. El hombre volvió a virar. Durante un segundo tuvieron la sensación de volar sin peso ni dominio. La esquina se acercaba ahora, sólida y mortal. Las llantas rechinaron.

—¡No, no! —gritó ella.

El grito llenó la larga avenida, de extremo a extremo, con su angustia que fue seguida de un ruido sordo; cristales que se rompen y otros golpes más. Después, por unos segundos, el silencio anuló el hecho. Pero la corroboración vino inmediatamente en el abrir de numerosas ventanas y en las exclamaciones. Los edificios de departamentos se iluminaron y en pocos minutos la calle se llenó de animación; alrededor del automóvil destrozado, el cerco de gente impedía ver el desastre.

Brígida logró llegar hasta la primera fila y vio los cuerpos. No era la primera vez que le tocaba ver un accidente. En su diario ir y venir de uno a otro extremo de la ciudad —a fregar pisos y ropa—, había visto muchos. Pero nunca en su calle. Allí los choques habían sido leves, sin muertos. Lo empezó

* Publicado en el Suplemento Conmemorativo de los 15 años del *Diario de Xalapa*. Septiembre 13 de 1958.

a comentar con los vecinos. La agradó encontrar a sus conocidos a esa hora, en bata y algunos descalzos. Pasada la emoción buscó a su patrona, pero la señora Clarisa no estaba allí. Quiso entonces volver otra vez a la primera fila para ver las caras de los muertos y describírselos después. Pero había llegado más gente y no le permitieron el paso. La sirena de una ambulancia se escuchó. Vino también un carro Patrulla y los policías retiraron a los curiosos.

Brígida levantó la cara en busca de las ventanas de la señora pero éstas estaban cerradas y el departamento a oscuras. Tal vez había salido, pues, de estar allí adentro se habría asomado a ver; sobre todo ella que había esperado este momento desde hacía tanto tiempo.

—De lo que se perdió —pensó Brígida—. Después se alegró, pues eso le daba ocasión de ser ella quien diera con lujo de detalles la reseña. De inmediato se puso a buscar las palabras con que le contaría: Yo estaba bien dormida cuando . . .

Lentamente subió los siete pisos hasta llegar a la azotea. Corría un poco de viento.

La señora Clarisa había esperado el accidente durante tres años. La primera noche que durmió en su nuevo departamento al ir a acostarse abrió la ventana, que daba a la calle, y escuchó en ese instante la marcha de un tren muy lejano; su silbato, sus ruedas. Le gustaba ese ruido desde pequeña. Un tren siempre habla de viaje y ella gozaba con los viajes. Eran más los que no había hecho; pero, sin embargo, hablaba de ambos con tanta soltura y pormenores, que cualquiera que la escuchaba no podía saber cuál era real o cuál imaginario. Esa noche no le agradó mucho el rumor del tren porque el cansancio de todo el día (colocar los muebles, sacudir, vaciar su equipaje y examinar si un florero lucía mejor sobre la chimenea o sobre la consola), la tenían agotada. ¿Pasarían esos trenes continuamente? ¿Podría dormir? Su sobrino no le había dicho nada acerca de esa molestia. Y ella misma, en los numerosos viajes que había hecho hacia aquella zona de la ciudad que en lo sucesivo sería la *suya* no había visto ninguna vía. Eso la tranquilizó. El tren sin duda alguna pasaba muy lejos, pero hay noches en que los ruidos más distantes parecen, transportados por el viento, muy próximos.

Es difícil que duerma bien a pesar del cansancio, pensó sirviéndole al gato una taza de leche tibia. La calle debe ser ruidosa . . . Vio satisfecha que su pequeño persa bebía con avidez. Apagó la luz de la cocina y fue hacia su recámara; al atravesar la salita se sintió protegida, en casa; una sensación de seguridad y ternura nacida de sus viejos, hermosos y caros muebles que la habían acompañado durante tantos años. Mateo —su sobrino—, que también amaba las antigüedades, le había pedido que le regalara un par de sillas, ya que el departamento era muy pequeño, pero ella respondió: "No importa,

mi gato y yo ocupamos muy poco espacio; podemos tener muchos muebles." Para consolarlo le aseguró que algún día todos ellos serían de él, y que ese día no estaba tan lejano, pues ya era una anciana. Pero, con su figura delicada, esbelta y ágil, no parecía una mujer próxima al sepulcro a pesar de sus canas y sus años.

Complacida apagó también esa luz y entró a su alcoba. Dejó la puerta entornada, pues una vez que Lugo terminara de beber iría a buscarla para dormir sobre sus pies. Se cobijó bien, tomó su rosario y a oscuras rezó por todos sus muertos y por Mateo. (Los muertos eran: su esposo, la pequeña Clarisa, hija de ambos, sus padres, tíos, tías, hermanos, ¡tantos!) Antes de terminar, Lugo brincó sobre ella, se le restregó en la mejilla, jugó un poco con las cuentas negras, y en seguida se acurrucó sobre sus pies y empezó a ronronear. Clarisa terminó su oración, se acomodó y cerró los ojos.

Pero no pudo dormir. Cuando el sueño estaba a punto de vencerla escuchó, muy lejano, el motor de un automóvil que se acercaba a gran velocidad. En medio de su somnolencia aquella velocidad se multiplicó y Clarisa abrió los ojos espantada, segura de que aquella carrera terminaría irremisiblemente en un choque. Su corazón latió más aprisa. Pero el automóvil zumbó al llegar a su ventana y continuó su marcha sin ningún percance.

Tres horas más tarde seguía en vigilia. Los automóviles —a esa hora de la noche— eran escasos y por varios minutos el silencio cubría la calle, pero justo en el momento en que ella pensaba que se quedaría dormida antes de que llegara otro, lo escuchaba y se ponía a temblar en espera de la tragedia. Finalmente decidió que si contaba cuántos autos pasaban acabaría por dormirse. La cuenta la perdió varias veces. De pronto se le ocurrió pensar: ¿por qué un automóvil no le hablaba de viaje en la misma forma que lo hacía un tren? ¿Por qué?... Era algo decididamente simple; pero no, había algo confuso, complejo. Vio un muerto. Luego, los muertos eran dos. Luego, una cifra espantosa de choques y volcaduras con un saldo fantástico de muertos. Nerviosa tomó nuevamente su rosario y empezó a rezarle a los muertos por venir. ¡Qué tontería! —exclamó en voz alta y dejó a un lado el rosario. Cerca del amanecer se durmió.

Despertó cansada y nerviosa. El trepidar de la avenida era ahora tremendo, decenas, cientos de vehículos la recorrían; pero con menos celeridad y peligro. El desayuno la reanimó y en el resto de la mañana se acostumbró al ruido y dejó de notarlo. Continuó su labor de adorno y arreglo, salió a comprar flores y cigarrillos y regresó a encontrar de nuevo esa amable atmósfera que sentía vibrar entre sus muebles. Hizo unos adornos de gladiolos y otros de crisantemos y los contempló satisfecha de sí misma. Cuando Mateo llegó por la tarde a visitarla la encontró encantada de la vida. Mientras tomaban el café, Clarisa dijo:

—Los coches son una lata. No me dejaron dormir anoche; pero fue más bien la sensación de peligro que el ruido. Muchas veces me senté en la cama llena de miedo en espera de oír un choque. Llegué a estar tan nerviosa que deseé que hubiera un accidente. ¿No te parece absurdo? Pero tenía la idea de que así descansaría.

Unos días después Brígida fue a ofrecerle sus servicios: dos horas al mediodía, dos horas en la noche. A Clarisa le pareció perfecto y la contrató.

Fue Brígida la primera en decirle:

—Usted está adelgazando mucho, señora Clarisa.

Ella se observó en el espejo de la sala y vio sus pronunciadas ojeras y pómulos.

—Es por los coches. . . No me dejan dormir. Me paso las noches en espera del choque.

Mateo también le hizo varias observaciones sobre su salud y le preguntó si no creía necesario ir a un médico.

—Es posible —respondió ella—, pero no aceptaré más que un narcótico, algo que me haga dormir. . . No estoy enferma. Es. . . —le dio vergüenza repetir lo mismo— es por esos automóviles. No me mires así.

—Pero eso es una enfermedad también —opinó Mateo—. Lástima que no puedo yo darte un accidente. . . Es un capricho un poco difícil. No puedo contratar a alguien para que venga a las dos de la mañana a matarse frente a tu ventana. Aparte de que sería muy caro, considero muy remoto encontrar un voluntario para el trabajo. Se lo dejaremos a la Providencia, tía encantadora, mientras alíviate.

—No hables de enfermedad, Mateo; sabes que me disgustan tus bromas. Claro, no es más que tu deseo de heredarme.

—Te aseguro que no tengo prisa por heredarte; puedo esperar. Sé bien que cuidas tus cosas perfectamente. . . Si acaso, te confieso que me molesta un poco que Lugo se afile las uñas en estos brocados.

—¡Vete!

A solas, Clarisa meditó en una visita al médico y decidió que no la necesitaba. Únicamente necesitaba descansar y ahora ya estaba segura de que tan pronto como hubiera un choque descansaría. Lo detestable era la espera y la repetición del miedo y el peligro. Sin embargo, con el tiempo acabó por acostumbrarse al movimiento nocturno de la avenida. Su deseo y temor de un accidente se volvió esporádico; sin necesidad de drogas para dormir, Lugo y ella roncaban tranquilamente noche a noche. Lugo creció y quiso salir a ver mundo; pero ella lo llevó al veterinario y lo castraron. La operación lo hizo engordar y crecer. Ambos se veían muy sanos. Con Mateo continuaron las riñas y reconciliaciones. Así lo habían hecho durante años. A Brígida fue a

a la casa, y él iba a cumplirle el deseo. Entraron a la avenida a gran velocidad. Clarisa apretó la piel del abrigo entre sus manos. Allá estaba el parque.

—¡No tan rápido! —suplicó.

—¿Qué?

—¡No, Mateo, para!

—¿Estás nerviosa?

Eso mismo preguntaba él en el sueño antes de acelerar. Después venía el rechinar de las llantas y entonces...

Las llantas rechinaron como tantas veces las había oído rechinar desde su lecho, y súbitamente, con una sacudida brusca, el coche se detuvo.

—La Cenicienta ha vuelto a casa, dentro de unos segundos sonarán las doce... —dijo Mateo sonriendo y le abrió la portezuela.

Clarisa bajó temblorosa. Vio el rostro alegre de su sobrino y sintió horror. Al cerrar con llave su puerta juró que jamás saldría a cenar otra vez con él. Tenía la seguridad de haber escapado a la muerte por un milagro.

Un mes después le echó en cara su actitud.

—No puedes engañarme —dijo—; yo lo había soñado mucho tiempo antes.

Mateo tuvo un ataque de risa.

A raíz de ese incidente el insomnio le volvió. Sentada en la cama escuchaba el rápido ir y venir de las máquinas. Ahora no dudaba: iba a haber un choque. Un choque terrible. Y Lugo también parecía saberlo por la forma en que la observaba y movía la cola nervioso, sin sueño. Desesperada, fue al doctor y le pidió un calmante.

—No es droga —dijo el médico—, puede tomarlo con confianza, no le causará hábito y dormirá bien.

El médico agregó que necesitaba verla dentro de dos semanas para tomarle la presión; pero ella no volvió. Al atardecer tomaba su pastilla y a las diez de la noche se dormía profundamente.

Una noche volvió a soñar.

El sueño empezó con el acostumbrado sonido de un motor de automóvil. El aire helado le azotaba la cara. Vio el camino. El coche se acercaba al parque. Las llantas empezaron a rechinar. Desesperada vio al chofer, segura de antemano de que era Mateo, pero no era él. Iba al lado de un par de desconocidos. Un hombre y una mujer. La mujer empezó a mecerse, sin equilibrio y se apoyó en el tablero del auto. Clarisa sabía qué iba a suceder; sabía, además, que estaba soñando; pero sabía también que no era un sueño.

Al mismo tiempo gritaron ellas dos:

—¡No, No!

a la casa, y él iba a cumplirle el deseo. Entraron a la avenida a gran velocidad. Clarisa apretó la piel del abrigo entre sus manos. Allí estaba el parque.

—¡No tan rápido! —suplicó.

—¿Qué?

—¡No, Mateo, para!

—¿Estás nerviosa?

Eso mismo preguntaba él en el sueño antes de acelerar. Después venía el rechinar de las llantas y entonces...

Las llantas rechinaron como tantas veces las había oído rechinar desde su lecho, y súbitamente, con una sacudida brusca, el coche se detuvo.

—La Cenicienta ha vuelto a casa, dentro de unos segundos sonarán las doce... —dijo Mateo sonriendo y le abrió la portezuela.

Clarisa bajó temblorosa. Vio el rostro alegre de su sobrino y sintió horror. Al cerrar con llave su puerta juró que jamás saldría a cenar otra vez con él. Tenía la seguridad de haber escapado a la muerte por un milagro.

Un mes después le echó en cara su actitud.

—No puedes engañarme —dijo—; yo lo había soñado mucho tiempo antes.

Mateo tuvo un ataque de risa.

A raíz de ese incidente el insomnio le volvió. Sentada en la cama escuchaba el rápido ir y venir de las máquinas. Ahora no dudaba: iba a haber un choque. Un choque terrible. Y Lugo también parecía saberlo por la forma en que la observaba y movía la cola nervioso, sin sueño. Desesperada, fue al doctor y le pidió un calmante.

—No es droga —dijo el médico—, puede tomarlo con confianza, no le causará hábito y dormirá bien.

El médico agregó que necesitaba verla dentro de dos semanas para tomarle la presión; pero ella no volvió. Al atardecer tomaba su pastilla y a las diez de la noche se dormía profundamente.

Una noche volvió a soñar.

El sueño empezó con el acostumbrado sonido de un motor de automóvil. El aire helado le azotaba la cara. Vio el camino. El coche se acercaba al parque. Las llantas empezaron a rechinar. Desesperada vio al chofer, segura de antemano de que era Mateo, pero no era él. Iba al lado de un par de desconocidos. Un hombre y una mujer. La mujer empezó a mecerse, sin equilibrio y se apoyó en el tablero del auto. Clarisa sabía qué iba a suceder; sabía, además, que estaba soñando; pero sabía también que no era un sueño.

Al mismo tiempo gritaron ellas dos:

—¡No, No!

Brígida no pudo contarle lo que había sucedido. Lugo se erizó al verla entrar a la recámara y gruñó amenazador. Estaba sobre el pecho de su ama, dispuesto a saltar si daba un paso más. Mateo logró separarlo de allí con un pedazo de sardina. Tuvieron que matarlo ese mismo día, y Mateo, en consideración a Clarisa, lo echó dentro de su ataúd.